

*Discurso pronunciado por el Rector de la Universidad de Antioquia -Bernardo Trujillo Calle- en la inauguración del primer curso de Salud Ocupacional para trabajadores y dirigentes Sindicales. Medellín, Escuela Nacional de Salud Pública, mayo 3 de 1976.*

Me complace presentar un cordial saludo de bienvenida a los nuevos estudiantes, obreros y líderes sindicales, que hoy inician el curso de salud ocupacional en nuestra Escuela, bajo los auspicios del Instituto Colombiano de los Seguros Sociales, el Servicio Nacional de Aprendizaje y el apoyo de la Comisión Coordinadora de Salud Ocupacional que reúne amplios y muy representativos sectores de las centrales obreras, empresariales, instituciones docentes y organismos oficiales vinculados, ex-oficio, a los problemas de la salud y del trabajo.

Culmina así la primera etapa de una idea de profundas proyecciones sociales, gestada en beneficio individual del trabajador, de la producción, de la economía nacional y de la propia Universidad, para abrirle paso a las realizaciones positivas. Esa idea que hoy tiene aquí su concreción más afirmativa acusa, a través del informe rendido en las Primeras Jornadas Antioqueñas de Medicina del Trabajo del año pasado, el estilo y las características de intensa preocupación humanística del grupo médico, que antes y después de la fundación de esta Escuela en el año de 1963, venía trabajando y sigue haciéndolo con indomable mística que nadie pone en tela de juicio, por crear en Antioquia los medios y las condiciones apropiadas para la creación de un plantel de nivel superior que se dedicara a la investigación de los problemas de la salud, el adiestramiento de personal profesional y subprofesional en este campo, y la prestación de servicios a entidades, universidades y grandes núcleos humanos.

La idea de los precursores fue recogida con entusiasmo y ha devenido con el tiempo mejorándose, madurándose y reafirmandose en extensión y profundidad hasta el punto de que bien podría esta Escuela Nacional de Salud Pública, sino fuese mal entendida como una frívola presunción, llamarse Escuela Interamericana, por su cosmopolitismo que le ha dado crédito externo tan sólido como doméstico.

Resulta, entonces, hasta redundante insistir en la importancia de este evento que ustedes comienzan. Ahorro tiempo precioso que pertenece a la Escuela para empezar a darles lo prometido en el programa, si digo simplemente que la sola descripción de las materias anunciadas, avaladas con el prestigio de la Escuela y la solvencia profesional de los conferencistas, como en toda ocasión, es plena garantía de la seriedad y buen éxito del curso.

Y bien que nuestra clase obrera, tan inteligente y receptiva a todo estímulo de mejora, exija que se le enseñe a cuidar de su propia salud, como bien primero e inestimable del hombre. Porque es el cuidado de su integridad física y el bienestar de su familia que dependen, generalmente, de su exclusivo salario. Es que, además, nadie en fin de cuentas se abroga por ustedes esa obligación, pues hasta el mismo Estado la toma de soslayo y los patronos la cumplen a regañadientes, cuando precisamente a su alrededor se multiplican diariamente los riesgos laborales y se amenaza la salud con las técnicas modernas de producción, introducidas que acrecientan la riqueza sí, pero en detrimento de la propia vida. Se necesita con urgencia, pues, de un adiestramiento que salve muchas vidas hoy sacrificadas torpe e inútilmente por la imprudencia y abandono del gobierno y los patronos. Se requiere dar en grande escala nociones útiles sobre higiene y seguridad, sobre manejo de los aspectos médicos y laborales de los accidentes y enfermedades profesionales, sobre las normas legales que consagran los derechos del trabajador, con esa pasión que los místicos le imprimen a las causas sagradas.

Pero hay algo, muchísimo más importante en todo esto, de lo cual voy a ser un pregonero, si es que antes no ha sucedido. Hoy puede ser una fecha histórica para la Universidad de Antioquia. Porque han venido a ella los obreros antioqueños, no como simples operarios materiales, sino como estudiantes, a compartir

en estas aulas con las juventudes y profesores el ambiente cultural del Alma Mater y sus beneficios intelectuales.

Es histórica y vale la pena registrarla, porque es la primera vez que se rompe el mito de la Universidad que vive de espaldas a sus clases trabajadoras. Como si en este grupo humano de estudiantes obreros, como en cualquier otro de estudiantes regulares de una profesión liberal, no residiera también, porque no, la aristocracia del pensamiento.

Estos costosos establecimientos de instrucción superior que mantiene el Estado con el dinero de los contribuyentes, incluidos ustedes, deben ser accesibles al mundo entero, sin artificiales limitaciones que no siempre toman el camino de la igualdad. Ni por su linaje, color, procedencia, ideología, edad u oficio, puede el gobierno discriminar en la educación de cualquier nivel. Debe cuidarse únicamente de que a estos lugares lleguen quienes adviertan vocación de cultura, formación y superación. Y los más capaces de todas las generaciones. No los más ricos. Ese privilegio—injusto por ello— debe extinguirse de raíz, sin temor, porque es el enemigo número uno de la sociedad, que ha recorrido todos los estadios de la historia

humana, disfrazado de mil maneras para impedir las oportunidades que la democracia otorga por igual a los seres humanos.

No hay razón ninguna, como alguien lo advertía hace casi un siglo, que el más zopenco y estúpido pueda pavonearse en las universidades absorbiendo, sin fruto para el bien general, el alimento espiritual que se le ofrece, siempre que sea lo bastante rico para pagar los derechos de matrícula.

Interrumpamos hoy ese círculo vicioso de los males sociales y culturales que se encadenan y expresan en la fórmula artificiosa de que al obrero se le menosprecia porque carece de instrucción y no puede instruirse porque carece de dinero.

Bienvenidos señores obreros a la Universidad de Antioquia en esta etapa de apertura y libertad, cuando los abrumadores prejuicios de la tradición política que han agobiado por años a la Universidad empiezan a ceder paso a otras concepciones más humanitarias y democráticas, empujados por la fuerza de los hechos nuevos, encarnados en un propósito firme e irrevocable: La Universidad para todos.

88

88